

Chile tiene un sistema de previsión que ha sido incapaz de garantizar que los viejos no caigan en la pobreza después de jubilar; para qué decir la salud: una operación o el kinesiólogo salen muy caros, y los remedios también; la movilización para ir al control al consultorio también cuesta plata.

Por lo general, los actores sociales no les prestan mucha atención, y las leyes que les mejorarían la situación, no llegan. “Se nos excluye de la vida activa de la sociedad. Aparecemos como caricaturas de la televisión, donde se muestra la vejez como objeto de políticas públicas, más que sujetos de derechos”, han dicho agrupaciones de adultos mayores que han sacado la voz.



Para reflexionar:

¿Qué estoy haciendo para que el actual sistema económico, tan poco solidario, cambie en lo que es necesario para beneficiar a los más vulnerables?

¿Tengo consciencia de que a los más jóvenes se les da tribuna si se movilizan y hacen ruido, pero a los viejos no se les escucha, y no están para movilizaciones?
¿Cuántas veces he solidarizado con sus aspiraciones?

En lo personal, ¿escucho yo las necesidades que tiene los adultos mayores?

CARTILLA DE TRABAJO

Los adultos mayores en la cultura del descarte



Todo lo que le hagan a uno de estos hermanos... a mí me lo hacen.

Mateo 25:40

“Vivimos en una cultura del descarte, donde fácilmente hacemos sobrar no sólo cosas, sino personas”, ha repetido más de una vez el Santo Padre Francisco. Así ha aseverado que se descarta a los más vulnerables de la sociedad: niños, ancianos, enfermos, pobres, entre otros.

En ese contexto, los invitamos a reflexionar sobre el tema de los adultos mayores en el Chile de hoy.

“Tal vez lo más singular y propio de la actitud de Cristo con los vulnerables es el grado en que se identifica con los hambrientos, los que no tienen qué ponerse, los enfermos, los que no tienen dónde vivir. Es una solidaridad tan profunda, que nuestra preocupación por ellos, y los actos concretos con que los acogamos darán la medida de nuestra adhesión al Señor”.

Ha dicho el Papa Francisco.



Dentro de América Latina, Chile ocupa el segundo lugar de los países con más alto número de adultos mayores. Este hecho va más allá de un fenómeno demográfico: se trata de una dimensión social que produce efectos en todos los frentes de la sociedad: la familia, la defensa, la salud, el sistema previsional, la educación, el trabajo, la economía, la cultura.

Por supuesto, no hay familia en Chile que no tenga entre sus integrantes uno o más adultos mayores. No siempre es fácil llevarse bien con ellos: tienen mañas, les cuesta entender todos los cambios sociales y tecnológicos que los han dejado atrás. Muchos de ellos están llenos de achaques; otros no hacen nunca caso de las cosas que se les dice que hagan por su bien.

Por su parte, los adultos mayores han expresado que “los jóvenes muchas veces nos anulan, no nos dejan ser, piensan y actúan por nosotros (existiendo una imagen paternalista y asistencialista), nos desvalorizan y no reconocen los saberes y capacidades que tenemos y aún podemos desarrollar, aún siendo de edad más avanzada que ellos. Ciertamente, tenemos otros ritmos, somos más lentos, pero tenemos un potencial que pocos lo saben apreciar; ni nosotros mismos nos lo creemos. Los jóvenes no siempre nos respetan”.

Para reflexionar:

¿En qué medida soy capaz de ponerme en lugar de los adultos mayores?

¿Respeto sus ritmos y valoro su experiencia?

¿Me doy el tiempo de explicarles los cambios tecnológicos y de responder sus preguntas?

Los ancianos han llegado a la edad que tienen dejando atrás largos años de trabajo, de contactos con otras personas, de recorrer calles, de escuchar noticias, de aprender de todas las fuentes del conocimiento. Especialmente de la experiencia.

Hoy los ancianos son no sólo excluidos sino ‘sobrantes’ en una sociedad que descarta a las personas (usando las palabras del Santo Padre); que solamente acepta y festeja a quienes tienen el poder, la riqueza, la belleza física y la fastuosidad de la fama. La Iglesia propone caminos de salvación y se hace cargo de los “sobrantes” de esta sociedad. Así lo hizo Jesús.

A la Biblia, sea uno creyente o no, hay que reconocerle al menos la misma sabiduría de otras culturas milenarias. Y dice: “En los ancianos está la ciencia, y en la larga edad la inteligencia”. (Job 12, 12)



Para reflexionar:

¿Soy capaz de valorar, pero en serio, la sabiduría que han adquirido los mayores, incluyendo a mis padres, abuelos, tíos ancianos, profesores o curas viejos, o sólo los veo como los jeans que ya no uso, y por tanto descartables?

¿He pensado que yo mismo querré ser escuchado y valorado cuando sea viejo?